

nomo, independiente ya de la realidad de la que se parte. El entrelazado de esas historias, el invento de esa otra realidad, esta vez literaria, es la novela. Es, naturalmente, una teoría clásica que siguen utilizando hoy, como válida, los más profundos novelistas. Entonces, la novela está al mismo tiempo con la historia y es ella misma historia. En la novela, además, suele haber una gran mentira: el gran truco de la invención, que es la formulación vindicativa de la novela, la venganza que el novelista se toma de la realidad que le es infiel, por la que está al mismo tiempo resentido. Al novelista no le queda otra remedio que traicionar esa realidad que le han entregado absolutamente cuadrículada.

—Entonces, ¿no estimas necesario para el lector el conocimiento de la anécdota narrativa para la verdadera e íntegra comprensión de la novela?

—Básicamente, no. El conocimiento absoluto de la anécdota en la que se basa esa otra realidad autónoma que es la novela, no sólo no es necesario, sino que puede prescindirse de él en una gran medida. Otra cosa es que tú quisieras hacer crónica histórica del hecho, dándole al lector cuantos detalles crees debe conocer. El novelista no es eso. El novelista conoce, imagina, ficciona e interpreta la realidad. La crónica histórica, desde su punto de vista de creador, le es sólo necesaria a él. La documentación histórica de "Terra Nostra", de Carlos Fuentes, es vastísima. Pero "Terra Nostra" no es friso histórico, es exclusivamente novela, ficción que recupera otra historia que no es ni siquiera la otra cara de una misma moneda. Con respecto a "Calima", es indudable que se parte de una anécdota real, el secuestro de Laureano Locca, para que esa misma anécdota nos incorpore al mundo ficticio de la novela. Es decir, el secuestro de Locca es el detonante de una serie de acontecimientos, de sensaciones, de episodios históricos ficcionados por el novelista. Además, a mí me interesa dejar claro un asunto: arreglo cuentas con esa realidad insular, por supuesto. Y entro a saco en ella. Hay claves para todos los gustos. Pero la parodia que hago de los informes policiales es algo que los lectores

deben entender a la primera.

—¿Crees colaborar al esclarecimiento de unos hechos, o bien solamente éstos te interesan como objetivo literario, sin ninguna conexión con la verdad práctica?

—Esto también quiero dejarlo claro. No me importa el esclarecimiento de los hechos, porque yo no soy policía, que es, como decía Gabo García Márquez, la profesión más lejana del novelista. Los hechos reales me interesan exclusivamente como material no velable, moldeable literariamente.

—La novela como provocación. ¿Podemos hablar de ello en este caso?

—"Calima" es, naturalmente, un mundo provocativo. Todo un mundo provocativo para derecha, izquierda (en este caso tropical), centro y media vuelta. Los retratos, en "Calima", están a la orden del día. Críticos literarios, censores de prensa, miembros de la fenecida guardia de Franco, redactores de determinados medios de información, es un hecho que eran confidentes en la época de Franco en Canarias y en el resto de España. Ahora, como por encanto, se transforman en doncellas democráticas al servicio de la Constitución. Su objetivo, que quede claro, no es la reconciliación. Es la amnesia. Y eso no puede ser. Lo Cortés no quita lo Atahualpa. Sus apellidos no se olvidan y, por lo pronto, están en "Calima", junto a esa otra clase política, invento de la ya olvidada Junta Democrática; políticos derechistas insulsos y torpes que quieren hacerse cargo del archipiélago para luego venderlo ellos al mejor postor. Menos mal que parece que van a ser expulsados de su partido. En Canarias, la burguesía es totalmente analfabeta. Creen que el secreto de la vida y el éxito está en saber inglés, y ahí paran el carro. Esa burguesía es mi obsesión. Naturalmente, porque provengo de ella. A ella provoqué y seguiré provocando. Luego están los elementos añadidos, la izquierda que yo llamo tropical, y que también es pedante, puritana, torpe y folklórica, anclada en el nacionalismo y el africanismo de salón que paren herrumbriendo los hijos de esos mismos burgueses que, para colmo, no nacieron en Canarias,

sino en Galicia, Andalucía, León o cualquier otro pueblo de España. Sólo puede zaherírseles con el sarcasmo. En eso estamos. ■ JOSE ESTEBAN.

Del príncipe moderno al compromiso histórico

A mediados de los años cincuenta, cuando la esperanza revolucionaria con el triunfo popular sobre el fascismo renacida, desaparece anegada en la ola ascendente de un neocapitalismo —"el milagro italiano", se llamaría— pujante e integrador, el PCI resucita a Antonio Gramsci. Se mezclan para ello razones no sólo teóricas, sino empíricas, aun cuando resulte imposible, en rigor, separar unas de otras. Pues sí, por una parte, Gramsci —el Gramsci de La política y el Estado moderno, no el de los consejos obreros— legitimaba entonces tácticas reformistas avaladas así con credenciales revolucionarias, por otra, el desarrollo y consolidación del capitalismo italiano, como el europeo, po-

nían de nuevo sobre el tapete —una vez más— la necesidad de un replanteamiento estratégico de la revolución y sus caminos.

Ahora bien, del "fondo" de pensadores marxistas y revolucionarios disponible, intocable —luego no lo sería tanto— pero impropio para la circunstancia Lenin, sólo Antonio Gramsci podía colmar el hueco. Pues sólo él había entrevistado, con tanta anticipación como perspicacia, la nueva problemática: la que las sociedades avanzadas plantean. A partir de este momento, ya es sabido, la peripecia del PCI es inseparable del discurso gramsciano. De Togliatti a Berlinguer, del reformismo como estrategia a la estrategia reformista del compromiso histórico, de la liquidación residual de la extinta Tercera Internacional al pollicentrismo y de éste al incierto eurocomunismo, el PCI funda una política cuyas fuentes teóricas, en cualquier caso, hay que buscar allí. Aunque, por supuesto, siempre pasa, la erosión de la teoría con la realidad y la Historia, hayan alejado probablemente esa política de la visión original revolucionaria que la animaba, en principio ajena a cualquier tipo



Félix Grande: Premio Nacional de Poesía

En la pasada edición no pudimos recoger la noticia de la concesión del Premio Nacional de Poesía en lengua castellana a Félix Grande por Las rubaiyatas de Horacio Martín (Lumen). Grande, que es subdirector de la revista "Cuadernos Hispanoamericanos" y miembro del Consejo de Redacción de "Nueva Estafeta", además de colaborador esporádico en estas páginas de TRIUNFO, ha recibido, entre otros premios, el Adonís, el Gabriel Miró y el Casa de las Américas.



Pietro Ingrao.

de planteamientos electorocráticos. Y ajena, desde luego, a sus versiones más miméticas y pragmatizantes.

Así, Pietro Ingrao, (1) una de las más notables personalidades del PCI y presidente, hoy, de la Cámara de Diputados, recoge una problemática que, si motivada y condicionada por coyunturas políticas concretas, quiere proyectarse, no obstante, hacia una reflexión teórica más general donde las concepciones gramscianas del Estado, la sociedad civil, el partido y la revolución están siempre, en una u otra forma, presentes. Las mismas concepciones, en definitiva, que han nutrido los debates fundamentales del PCI a lo largo de los últimos veinte años y cuyos desarrollos, teóricos y prácticos, han hecho de él, sin lugar a dudas, independientemente del destino que aguarde a su política, el partido europeo de mayor calidad y creatividad. Rodeando esa problemática, centrándose en ella, Ingrao se enfrenta con un amplio abanico de temas que van desde la relación entre democracia y socialismo hasta la crisis de las instituciones, pasando por el problema del Estado y su reforma, la "nueva frontera" del sindicato, el partido y la transformación de la sociedad. Escritos aparecidos de 1964 a 1977, ordenados e integrados ahora con intención global y desde una cierta reflexión política. Escritos, pues, inseparables de la praxis del PCI y de la propia militancia del autor. Y en los que late una radical intención democrática que nos pone en

guardia sobre el carácter presentamente realista —¡y qué exacto resulta esto aplicado en nuestro país!— de muchas soluciones empíricas que están vaciando la función de las instituciones representativas, y tras de las cuales se ocultarían "una dimisión, una subordinación, una renuncia a basar la relación entre democracia y socialismo sobre un fundamento sólido y de principio".

¿Hasta qué punto, sin embargo, ha podido Ingrao trascender el plano de la legitimación y racionalización de la política concreta que el PCI elabora? En cualquier caso, el objetivo fundamental que esta política persigue, compartir con otras fuerzas un programa de renovación democrática que permita superar las crisis introduciendo, al mismo tiempo, algunos elementos de socialismo, aparece desde luego implícito en el enfoque de sus análisis. Quizá por eso, un fantasma recorre, a veces, las páginas del libro, aun en contra de las intenciones del autor: el de la concepción mística del partido. Pues si el porvenir del partido moderno, el príncipe moderno, está en función de su capacidad para expresar síntesis de masas "en grado de proyección y conexión hacia el futuro", síntesis que sean capaces de unificar, no a nivel de vanguardia iluminada, sino a nivel de muchedumbres "protagónicas", hay que preguntarse en qué medida y a través de qué tipo de planteamientos es posible resolver la antinomia organización-espontaneidad. Porque la cuestión sigue aquí sin resolver. ¿Cómo evitar que la organización, "sumum" institucional de la conciencia crítica, no actúe sobre las masas, sino con y desde las masas? Sucede que toda concepción del partido como totalidad, o como proyecto que lleva en su interior la prefiguración de una nueva sociedad, parece abocada no a hacer de la organización una conciencia crítica, sino más bien a degradar la conciencia crítica en la organización. A hacer de ésta no un instrumento, sino un fin en sí misma. A convertir la teoría en algo cada vez más superestructural con respecto a la máquina y a ésta en algo cada vez más infraestructural con respecto a aquélla. ¿En qué me-

didada es posible que entre ese príncipe y las masas, entre el poder y las masas, pues poder es también el príncipe, actúen instancias autónomas que controlen, impidan, creen y, en definitiva, superen la contradicción entre dirigentes y ejecutantes? Tales son las interrogantes que algunas de estas páginas pueden plantear. De su respuesta, del tipo de respuesta que se le dé, va a depender, ni más ni menos, el porvenir de la izquierda europea. Más aún: es el propio sentido del socialismo, el hecho de que el socialismo siga teniéndolo, lo que está aquí en juego. Por eso, aunque sólo sea por la cadena de cuestiones con que enlaza, *Las masas y el poder* es ya un libro válido. ■ FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL.

Un cuento moral

¿Puede decirse que Luis G. Berlanga es el único mago que tenemos en el cine español? Es algo muy probable; su cine, iniciado en las épocas más negras de la dictadura ratonil y garbancera, así lo demuestra. Sin escapar nunca de eso que de algún modo podríamos llamar las condiciones objetivas de lo real ni perderse en los bosques de la imaginación pura, su análisis subjetivo —todo análisis bueno es subjetivo, y lo sabe— de la realidad española, perpetuado a lo largo de doce películas, ha sido un juego de espejos

sabido y reflexivo: el autor ha sabido desde siempre que estaba irremediabilmente involucrado en aquello que contaba, y no ha pretendido nunca mirarlo desde fuera. Y en este juego de espejos donde se mira el propio Berlanga, ha resplandecido siempre la negrura de un mundo, la verdad de una historia que es la nuestra. Y no sólo la nuestra de "hombre hispánico", sino del hombre sin más.

Diego Galán, conocedor en profundidad de la personalidad y la obra de Berlanga, sufridor de la realidad, la española y la otra, le escribe al director valenciano una Carta abierta (1). Su trabajo se plasma en un libro preciso, apresurado en ocasiones, pero nunca falto de ritmo —Galán, como buen periodista, sabe que la premura en el trabajo puede ser una suerte de disciplina poética, que impone sus leyes de "más difícil todavía"—, un libro siempre bello, como un cuento, como el reflejo de un reflejo, como la realidad encontrándose a sí misma en la ficción. Galán habla a la vez del autor y del personaje, de la obra y de esa sombra que la obra arrastra, y que es la figura de su creador. Analiza con ternura no exenta de espíritu crítico al individuo Berlanga —a quien nos describe como una especie de ser angélico y, como

(1) Editado por la Semana Internacional de Cine Iberoamericano de Huelva, como parte del homenaje a Luis G. Berlanga allí celebrado.

Luis G. Berlanga.



(1) "Las masas y el poder", Editorial Crítica.